

Página lírica

de Rafael Alberto Arrieta

=Del tomo SUS MEJORES POEMAS, Cooperativa Editorial "Buenos Aires". MCMXXIII=

LIED

Soñaba en la otra ribera...
El agua entre ambas corría,
indiferente y ligera.
Y él, mirándola, decía:
¡quién contemplarte pudiera
desde la otra ribera!

En la suya florecía
primero la primavera;
y el soñador no veía
las flores de su ribera:
sólo en la otra nacía,
para él, la primavera.

Y soñando siempre, un día
abandonó la ribera.
El agua entre ambas corría,
indiferente y ligera...
No vió más la primavera.

JARDINES EN EL CREPÚSCULO

Jardines en el crepúsculo,
misteriosos, musicales...
Soledad, piadoso olvido,
éxtasis... Los ojos suaves...
Deseo sin voluntad,
dulzura de abandonarse...

Se oye en la verja el graznido
del cerrojo y dé la llave.

¡Si yo tuviese un jardín
abierto como una calle!

«Viajero desconocido—
diría, al caer la tarde,—
entra y descansa; no hay puerta
que te lo impida; el instante
divino goza. La noche
exige purificarse
a quienes marchan con ella...
Viajero que aquí llegaste:
renueva tu provisión
de paz, de belleza, y parte...»

LA MEDALLA

Grabar quiero esta hora nocturna en la medalla
flotante, que recorta la pantalla
sobre el papel inerte bajo la pluma activa.
Mi lámpara semeja cosa viva.
Un ramo de violetas sahuma el aire. Siento
fluir, casi sonoro, el pensamiento.
Fuera, la calle sola, nostálgica de luna,
no espera a nadie... Es dulce mi soledad como una
mujer que en la acuareja del muro mira y calla
mientras grabo la hora fugaz en mi medalla.

TRÍPTICO

LAS VOCES

Nélida, que al llegar la tibia primavera
besó mucho, en secreto, sus manos y las rosas,
en estío descubre el alma de las cosas
confiándoles la suya, como una compañera.

Sonia, que ya no cede su alma a la quimera
y ha convertido en humo reliquias dolorosas,
al sol de enero mira, sin lágrimas medrosas,
cómo florece en plata lunar su cabellera.

Ambas, las sienes próximas y las manos unidas,
en el jardín escuchan, calladas, conmovidas,
las invariables voces del único cristal.

Y oyen a un mismo tiempo, sobre el pilón sonoro,
Nélida, el madrigal de su mañana de oro,
y Sonia, la elegía de su tarde otoñal.

CRISTALOMANCIA

Cual dos frutos gemelos en una misma rama,
a un tiempo inclinan, dóciles, Dora y Esther, la frente,
pues por sus propios nombres parece que las llama
desde su cielo líquido y especular, la fuente.

¿Qué imágenes, qué voces les brinda el compartido
cristal? Ambas sonríen y callan, reflexivas;
luego, absortas, se alejan llevando el dividido
secreto que separa sus frentes pensativas.

Ya no ha de verlas juntas el engañoso cielo
que cada una sueña, total, en dulce arrobó,
con egoísmo culto y tácito recelo.

Mas volverán aisladas—rivalidad discreta—
con la fruición medrosa de cometer un robo,
a consultar el vago cristal del agua quieta...

LAS ARMAS DE EROS

Si Ruth, bajo la hoguera del astro, desafía
sus llamas con las nieves de su carne de luna,
Inés, en el paisaje nocturno, es como una
irradiación vibrante de sol a medio día.

Sólo el neutral crepúsculo las une con su broche
e identifica al cielo en que su lumbre arde:
Inés quema la antorcha postrera de la tarde
y Ruth enciende el cirio primero de la noche.

Cuando el amor, a un tiempo, las llame a su floresta,
pondrá dardos de oro y plata en su ballesta
y encordará de plata y oro su salterio.

Unidas luego al cetro del divino tirano,
Inés será la fruta tentadora en su mano
y Ruth el vaporoso cendal de su misterio.